

Sr. Coronel D. Vicente Gonzalez.

Dolores, Noviembre 22 de 1839.

Mi distinguido amigo y señor—Ya estábamos de vuelta en este destino de la persecucion de los traidores sublevados unitarios, cuyos restos lanzándose al otro lado de los pantanos del Tuyú fueron á ocultar su ignominia en los barcos extranjeros. Tuvieron un embarque precipitado y en el mayor desorden dejándonos la caballada, bastante armamento y se les dispersaron todos los paisanos que con engaños habian llevado, de manera que son bien pocos los que han podido embarcar á la fuerza. Todos los montes recorren nuestras partidas y todos los cabecillas van cayendo en nuestro poder, como le sucedió al titulado jeneral Castelli, cuya cabeza está clavada en esta plaza. Nuestra tropa de linea y milicia é indios amigos se han portado mui bien, y habiendo tenido el honor de ser el segundo jefe de estas divisiones, he tenido la oportunidad de juzgar de su buen desempeño en todo sentido.

Se nos acaba de avisar la captura de D. Eustoquio Diaz-Velez y D Benito Miguens. Creo que no escapará ninguno de los cabecillas, porque los mismos paisanos á quienes habian engañado los prenden y los entregan; de manera que parece imposible que pueda escapar alguno.

Sírvase V. comunicar mis finos recuerdos y felicitaciones á todos los amigos, y V. recíbalas en particular de este su mui afecto servidor. Q. B. S. M.—

Nicolas Granada.

El capitán encargado de este canton, al Sr. coronel en jefe del Regimiento No. 3 de campaña D. Vicente Gonzalez.

Tapalquen, Noviembre 22 de 1839.

El cacique Catrio por medio del lenguaraz José Sosa, me hace decir diga al teniente coronel D. Bernardo Chavarria, hiciese este que ordene á los capataces de los amigos del señor gobernador nuestro ilustre restaurador de las leyes, capitán jeneral brigadier D. Juan Manuel de Rosas, que todos aquellos que los hayan traído ha-

ciendas los indios amigos en la ida al Tandil, que se apersonen en esta, para hacerles hacer entrega de todo lo que dichos indios hayan traído: que para cuyo efecto ha dado orden á todos los capitanes á fin de que no desparramen la hacienda que hayan traído, ni hagan uso de animal alguno para comer, á escepcion de los que tengan ya muertos.

Dios guarde á V. S. muchos años—*Luis Gomez.*

El Juez de paz y comandante accidental, avisa encontrarse preso en este punto con una barra de grillos, el denominado jefe de las fuerzas libertadoras que invadieron el fuerte Independencia, unitario salvaje Victorio Sotelo, y da tambien cuenta de lo que este declara.

Al señor jeneral edecan de S. E. D. Manuel Corvalan.

Fuerte Azul, Noviembre 26 de 1839.

Por la adjunta comunicacion se impondrá V. S. del modo como fué aprehendido el reo de lesa patria Victorio Sotelo, quien perseguido por los remordimientos de su conciencia despues de la vergonzosa fuga que hizo del Tandil la noche del 14 del presente, llegó á la casa de D. Eusebio Gomez, y este así que supo que era unitario lo condujo en persona al teniente alcalde D. Silvestre Villareal, el cual lo llevó al alcalde D. Gregorio Caballero, quien lo remitió al que firma.

Al dicho unitario salvaje Sotelo se le ha tomado declaracion en el acto, y aunque se empeñe en hacer aparecer que está inocente y que engañado ha seguido el impulso de los demas corifeos de la reunion; dice tambien que los salvajes unitarios comprendidos en la adjunta relacion fueron hechos oficiales por el salvaje Manuel Rico y que lo acompañaron á él en su expedicion al Tandil, que las órdenes que él recibió de dicho Rico fueron de venirse á recibir del Tandil, que al efecto le dijo Rico ya habia escrito al comandante de aquel punto coronel D. Pablo Muñoz, y que con tal motivo dirigió sus marchas á dicha fortaleza, á la que entró sin tirar un tiro.

Todo lo que V. S. se servirá poner en el conocimiento del Exmo. Sr. gobernador y capitán jeneral de la provincia, nuestro ilustre restaurador de las leyes.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Manuel Capdevila.

Relacion de los individuos que fueron hechos oficiales por el unitario salvaje Manuel Rico.

Vicente Valdéz, capitán comandante; Pascual Robles, capitán; Pedro La-Casa, idem; Juan Indiano, teniente primero; Inocencio Peralta, alférez; Victorino Burgos, idem; N. Ricra, porta; Santiago Zelaya, ayudante.

Fuerte Azul, Noviembre 26 de 1839.

Manuel Capdevila.

LA GUITARRA

6

Primera Pagina de un Libro.

POR

ESTEVAN ECHEVERRIA.

LA GUITARRA.

PARTE PRIMERA.

I.

A. What harmony is this? My good friends, hark!

G. Marvellous sweet music!!

This is no mortal business, nor no sound
That the earth owes.

SHAKSPEARE.—(*The Tempest.*)

El cielo era sin nubes; centellaban
Con resplandor incierto las estrellas
En el diáfano velo de la noche,
Como claros diamantes en las trenzas
De la modesta virgen; y la Luna,
Astro de amor, sobre la triste tierra
Hermosa y melancólica esparcía
Su nítida y radiante cabellera.
Dormían los mortales fatigados
Del intenso afanar que fué su herencia,
Y estático Ramiro contemplaba
El astro de la noche y su diadema,
Respirando las auras de la Pampa
Que á zahumar vienen la morada rejía
Donde dormita el Plata silencioso.
Suspendida su mente en las esferas
Fantásticas del Cielo, se perdía
En mil cavilaciones halagüeñas;
Desparecía el mundo ante sus ojos,
Y aquel bien infinito de la idea,
Deleite sin acbar que concibe
El mísero mortal y nunca prueba,
Llegaba á paladear; mas de repente
Del fantástico sueño lo despierta
La armonía fugaz de una guitarra,
Que dichoso amador quizá á la reja
De su querida pulsa; ¡cuanto afecto
Movió en su corazón aquella tierna

Melancólica trova! — de otra vida,
Vida de amores y de encanto llena,
Era revelacion; — adios postrero
De horas de dicha que pasaron bellas
Para mas no volver; — era presajio
De infortunio ó de gloria venidera.
Enmudeció la voz y el instrumento.
Corrió entónces Ramiro á su vihuela,
Largo tiempo olvidada, que fué siempre
De su ambulante vida compañera,
Y entonó esta canción que allá en España
En alabanza suya hizo un poeta.

Quien no oyó en noche clara y serena
Cantar contigo su dicha ó pena

Al amador,

Ese no sabe, guitarra mía,
Con que eficacia tu melodía

Habla de amor.

La mas esquivada, la mas ingrata
Cede al halago de tu voz grata,
De tu jemir;

Y al pecho blando de la que adora
Llevas una aura consoladora

Que hace vivir.

Cada son tuyo que dulce vibra,
Electrizando, mueve una fibra

Del corazón;

Sueños dorados infunde al alma,
Tristes recuerdos disipa y calma
Su ajitacion.

Si el labio puro de alguna bella

De amor entona tierna querella
A par de ti;
No es de la tierra, no, fujitiva
Esa armonia que nos cautiva,
Divina sí.

II.

Diez y ocho años tenia y era bella,
Bella entre las hermosas Argentinas,
Que son reinas de amor en Buenos Aires
Como el rio que baña sus orillas.

Diez y ocho años tenia, y en su rostro,
Donde el candor de la niñez se pinta,
La sombra pasajera é importuna
De congojoso afan se descubria.

Y de alma resignada á su destino,
Probada en el crisol de la desdicha,
La mansedumbre anjélica, imprimiendo
Inefable espresion á su sonrisa.

Sus negros ojos, de rasgada forma,
Eran focos de amor, luces de vida,
Y el fuego de pasiones afectuosas
Asomaba al traves de sus pupilas.

Bella era Celia, al parecer dichosa,
Porque todo en redor la sonreía,
Porque el mundo para otras tan ingrato
Sus codiciados bienes la prodiga.

Era tanto infeliz, porque el tesoro
Que apetecen las almas afectivas,
El soplo enjendrador que las fecunda,
El aliento vital que las anima;

Lo que las hace delirar de pena,
Lo que las hace palpar de dicha,
Lo que despierta en ellas sin saberlo,
Deseos y esperanzas infinitas;

Lo que transforma en vasto paraiso
La mansion solitaria donde habitan,

O en palacio encantado donde se oye
Concierto de inefables armonias;

El amor y sus ansias y deleites,
Ella que tierno corazon abriga,
Que nació para amar y ser amada,
Sintiéndolo ideal, no conocia.

Y entretanto era esposa; á un hombre adusto
Con lazo indisoluble se ve unida,
Que entre el ara de Dios y el sacerdote
Pronunció el sí fatal con voz sumisa.

Mintió su labio ó tímido no dijo,
Lo que su niño corazon sentia,
Por complacer de padres ignorantes
El capricho insensato ó la codicia.

Prometió amor y fé en sus quince abriles
A un hombre que no amaba, inadvertida,
Y cuando abrió los ojos mas esperta,
Ni sintió amor por él, ni simpatia.

Se halló sin porvenir y condenada
A arrastar existencia aborrecida,
Mientras en torno suyo respiraba
Todo contento al parecer y dicha.

Y Celia era infeliz, porque no amaba,
Porque sonriendo, á su pesar, mentia,
Porque sentir amor, manifestarlo
Para su tierno pecho era la vida.

Y Celia algun consuelo solamente
Encontraba en la música espresiva
De su vihuela amada, cuyo hechizo
De sus horas el tedio adornecia.

Diestra pulsaba el instrumento amigo,
Cantaba al son de sus sonoras fibras
Las congojas de su alma solitaria,
Y en su música y canto embebecida,

Olvidaba el rigor de su destino,
Semejante aquella ave peregrina
Que cantando á los bosques silenciosos
Refiere su pesar y lo mitiga.

III.

Era una noche de verano bella,
Noche de arrobamiento y de delirio
De esas que no se olvidan porque dejan
Rastro en el corazon intenso y vivo.
Callaba la ciudad que coquetea
Al mirarse en las aguas de su rio,
Y el empíreo estrellado semejaba
De la tórrida zona el mar tranquilo
Cuando en su vasto seno reverberan,
Deslumbrando la vista fujitivos
Mil destellos de luz; el aura leve
Dormía silenciosa en el retiro
De su aéreo palacio, y ni se oía
Del vagabundo coro de los silfos
El májico rumor; Ramiro entónces,
Absorto en las rejiones de su espíritu,
Por solitaria calle caminaba,
Cuando hechicera voz de sus sentidos
Encadenó la accion; llegó á una reja,
Y al compas melodioso y espresivo
De sonora vihuela aquestos versos
Oyó cantar con pecho enternecido.

Acongojada mi alma
Día y noche delira,
El corazon suspira
Por ilusorio bien;
Mas las horas fugaces
Pasan en rauda vuelo,
Sin que ningun consuelo
A mi congoja den.

Entre mis venas corre,
Quitándome el sosiego,
De comprimido fuego
El devorante ardor;
Pero una voz secreta
Me dice, infortunada,
Vivirás condenada
A eterno desamor.

Como muere la antorcha
Escasa de alimento,
Así morir me siento
En mi temprano albor;
Ningun soplo benigno
Da vigor á mi vida,
Pues vivo sumerjida
En triste desamor.

Como fátuo destello
Que brilla y se evapora
Se oscureció en su aurora
El astro de mi amor;
Se fué con él mi dicha,
Se fué con él mi calma,
Solo ha quedado á mi alma
Perpetuo desamor.

El concierto de canto y melodía,
No humano, al parecer, sino divino,
Interrumpió preludeo quejumbroso
Del frágil instrumento, y un suspiro.
Quedó todo en silencio, y á su albergue
Congoja y turbacion llevó Ramiro.

IV.

En un bizarro alazan,
 Que libre, ufano y soberbio
 Cuando jóven en la *Pampa* (1)
 Pació la grama y el trébol,
 Salió una tarde Ramiro,
 Solo con su pensamiento,
 A recorrer las campiñas,
 Cuyos jardines y huertos
 En el florido verano
 Brindan holganza á aquel pueblo,
 Que en las famosas orillas
 Del Plata tiene su asiento.
 Llegó á una *quinta* (2) cansado,
 Cuando ya místico y sereno
 El crepúsculo esparcía,
 Sobre la tierra y el cielo,
 Aquella luz misteriosa
 Cuyos pálidos reflejos
 Llevan al alma ajitada
 Tristeza y recojimiento;
 Y allí encontró reunido,
 Como en un jardín ameno,
 De la belleza *porteña* (3)
 Lo mas gracioso y perfecto.
 Una de ellas, cuya frente
 Sombreadaban con misterio
 El pudor y la congoja,
 Entónce al son hechicero
 De la guitarra cantaba
 Tristes y amorosos versos.
 La voz, la música, el canto,
 Todo su ser conmovieron,
 Y despertaron al punto
 En su memoria recuerdos; —
 Clavó el mirar ¡Oh delicia!
 Vió de la hermosura el cielo,
 De las gracias el conjunto,

Y embelesado en silencio
 Admiraba de su labio
 Los peregrinos acentos,
 La espresion indefinible
 De su semblante, sus negros
 Ojos, rutilando llamas
 De amor como dos luceros;
 Y entre sí mismo decia:
 «Feliz del hombre que objeto
 Sea de tu alma querido,
 Del que cifre en ti su anhelo,
 Del que beba tus caricias,
 Y se recline en tu pecho.»
 Cesó el canto; Celia entónces,
 Unas y otras repitieron,
 Y de Celia el dulce nombre
 Volaba de extremo á extremo
 Del salon donde reinaba
 Su hermosura y su talento;
 A las manos de Ramiro
 Vino la guitarra luego,
 Y animado con la vista
 De tantas hermosas, diestro
 Pulsó las fibras sonoras,
 Sus mas íntimos secretos
 La pidió, cual si entendiera
 Ella el hablar de sus dedos.
 Quedaron de su armonía
 Los corazones suspensos,
 Ni articulaban los labios,
 Ni suspiraban los pechos;
 Y miéntras las bellas todas,
 En silencioso embeleso,
 Permanecian, Ramiro
 Preludiando en tonos nuevos,
 Ora animados suspiros,
 Ora misteriosos ecos

1 *Pampa*—la llanura desierta.

2 *Quinta*—masion de recreo no léjos de la ciudad, donde jeneralmente se cultivan árboles frutales y hortalizas.

3 *Porteña*—llaman así los provincianos á la mujer nacida en Buenos Aires, por estar esta ciudad situada á orillas del único puerto hábil de la República Argentina.

Brotar hacia inspirado
 Del melodioso instrumento.
 Cesó al fin; todas á una
 Su habilidad aplaudieron;
 Solo Celia, Celia sola
 Con elocuente silencio,
 Con un suspiro del alma,
 Con un mirar placentero,
 Colmó á Ramiro de gloria,
 De amor y júbilo á un tiempo.
 ¿Quién al deleite se niega
 De la música, y el seno
 Latir no siente de gozo,
 Al oír esos acentos

Celia dormía y soñaba.
 Su esposo al lado despierto
 Observaba con asombro
 La agitacion de su sueño;
 Su alma flotaba dadasa,
 Y ya la rabia y los celos
 Hervir, palpitar hacian
 Sus arterias y su pecho;
 Ya creía, alucinado,
 Que las caricias y besos,
 Que dormida le prodiga,
 Eran del cariño efecto.
 Entre dientes murmuraba
 Un nombre... «—¿Quién será, cielos?—»
 Decía él, y un sudor frio,
 Y como chispas de electro
 Por sus entrañas corrian;
 Y ella con halagos nuevos
 De su corazon calmaba
 Los impetuosos recelos.

Celia decia: — «Huye, cese
 Por piedad de tu instrumento
 Esa hechicera armonía
 Que en mí derrama un incendio...
 No puedo amarte, mi esposo...
 ¿Lo veis, lo veis, con que ceño

Que penetran hasta el alma,
 Aun por los poros, haciendo
 Con mocion inesplicable
 Temblar las fibras del cuerpo?
 Y cuando entona ese canto,
 Con voz que habla al sentimiento,
 La bella en quien arraigado
 Está todo el vivir nuestro,
 El corazon se sublima,
 Con las alas del deseo,
 A una esfera de ventura,
 De indecible arrobamiento,
 Y de delicias, que nunca
 Las que no amaron sintieron.

V.

Tan iracundo me mira
 Porque yo amarle no puedo?
 Mi corazon desdichado
 Por siempre al amor ha muerto...
 El himeneo me liga...
 A otro hombre yo pertenezco...
 ¡Oh! si yo pudiera amarte!
 ¡Qué dicha! el amor que siento,
 Este amor que sofocado
 Es de mi vida el infierno,
 Tuyo sería; sería...
 Tuyo cuanto yo poseo...
 ¿Con qué gusto y qué delicia
 Te estrecharia en mi seno?...
 Mis halagos, mis caricias,
 Mi vida... ven que me muero...
 Escucha... mi esposo, el lazo
 Sacrosanto de himeneo,
 El deber, la virtud, mira!...
 Son obstáculos eternos
 Que entre mí y ti se interponen...
 Dios mio!... ven que me muero!»

Al oír estas palabras,
 Delirios de amor intenso,
 Interrumpidas á veces
 De suspiros y silencio,

Que revolaban de su alma
 Los mas íntimos secretos,
 Dejó la cama su esposo
 La sangre en furor hirviendo,
 Y echando mano á un puñal,
 De su venganza instrumento,
 Sin decir una palabra,
 Los ojos chispeando fuego,
 A herirla va. — De la luna
 Penetrando los reflejos,
 Por la ventana, bañaban
 De Celia el rostro hechicero.
 Entónces, y cual si pudieran
 Manifestar sentimiento,
 De su querida guitarra
 Se tronaron y rompieron
 Las cuerdas todas repente,
 Con son horrible jimiendo :—
 Trémula, inmóvil, al ruido
 Soltó su mano el acero;
 Desarmó la hermosura
 O quizá el remordimiento.
 ¿Cómo no apiadarse al ver
 Tanta belleza? ¿Aquel seno
 Todo hechizos inefables?
 ¿Aquellos labios risueños
 Donde poco ántes los suyos
 Enajenados bebieron

Gloria indecible, torrentes
 De dulcedumbre y contento?
 ¿Aquel ángel que fascina
 Como serpiente aun durmiendo?
 Dudó tal vez; mas miróla
 Con tan espantoso ceño,
 Con tan iracundos ojos,
 Que si á los suyos abiertos
 Halláran, hubiera sido
 Aquel su dormir eterno.
 Y con un mar de pasiones
 En el corazon soberbio
 Salió de allí, como el que huye
 De algun pavoroso espectro,
 Que su espíritu conturba,
 » —Pérfida Celia, diciendo;
 Mujer pérfida, no esposa,
 Yo descubriré el misterio
 De tus amores. . . entónces!
 Tiembla, como tigre fiero
 Despedazaré tu vida. . .
 Me gozaré en tu tormento. . .
 Yo me hartaré con la sangre
 De ese rival que detesto,
 Despues que este puñal mio,
 Vengativo y justiciero,
 Ese tu adúltero amor
 Vivo te arranque del pecho. — »

VI.

Celia en vela y llorando vió la aurora.
 Hermosa estaba; — palidez sombría,
 Abatimiento, agitacion interna
 En su faz melancólica se pintan.
 Las intensas pasiones así al rostro
 Con señal indeleble estigmatizan,
 Dejando en la conciencia lacerada
 Rastro que no se borra, llaga viva,
 Gusano roedor que nunca muere,
 Noche llena de ensueños y tristísima.
 No habiendo amado nunca, el fuego todo
 De su robusta edad, virgen ardia
 Allí en su corazon secretamente,

Y se cebaba en él, y por sus fibras
 Insufribles ardores derramaba;
 Hasta que á impulso de pasion activa,
 Como impetuosa lava reventando,
 Devorase la trama de su vida;
 Hasta que otra alma ardiente y amorosa,
 Otra alma solitaria y peregrina
 Por misterioso acaso penetrase
 Los secretos de su alma enardecida.
 Hallóla al fin cuando el destino quiso,
 O su fatal estrella, y á sí misma
 Se dijo alborozada: «Hélo, Dios mio!
 El que yo vi en mis sueños noche y dia,

El que á mi amor los juicios destinaron.
 Y me robó por siempre la desdicha;
 Hélo el hombre que adoré y desde entónces
 Quedó clavada en él su fantasía.
 Halló aquel corazon cuyos latidos
 A los del suyo tierno respondian,
 Aquel que para amar necesitamos,
 Y sentir las dulzuras infinitas
 Que no es dado espresar á humana lengua,
 Y que al mortal los ánjeles envidian.
 Hallólo pero tarde, cuando á otro hombre

Indisoluble vínculo la liga,
 Cuando la ley de Dios y de la patria
 Perjura, infiel á su conciencia gritan,
 Cuando amar era un crimen; y esta idea,
 Ante la cual su espíritu se abisma,
 Pone en lucha tremenda sus afectos;
 Porque en él sin cesar, estaba unida,
 Con la inefable imájen de sus sueños,
 Y despierta ó durmiendo ver la hacia
 El infierno con todos sus martirios,
 El Eden del amor con sus delicias.

VII.

Un hombre el campo corria,
 Corria á la madrugada,
 En un caballo tostado,
 De la agitacion de su alma
 Viva imájen; una feria
 Lleva asida en las entrañas,
 Y en el corazon soberbio
 Una vívora enroscada.
 Él huye, él huye furioso
 Y la espuela al bruto clava,
 Que las crines sacudiendo,
 Y echando espuma encarnada,
 Bebe el anchuroso espacio,
 Abre ufano nariz ancha,—
 Corre, corre, vuela, vuela,
 Se azora y la oreja pára,
 Siente en el hjar las pías,
 Bufa, se encoje y se lanza,
 Caracoleando, y de un salto
 Zanjas y barrancos salva.
 El correr dobla sus brios,
 El aguijon le pone alas.
 ¿Dónde van bruto y jinete?
 Dónde con presura tanta?—
 El uno á su amo obedece,
 El otro lleva en las ancas
 Un demonio que le acosa,
 Un demonio que le amaga
 Y le grita: «Hiere, hiere,
 Tu honor insensato lava.»

Él huye, él huye turbado,
 Ni echa en torno una mirada,
 Y en el aire enrojecido
 Solo vé sombras que vagan.
 Sangre le pide su honor,
 Sangre pide su venganza,
 Sangre balboten sus labios,
 Sangre su soberbia ajada.
 ¿Quién es?—de Celia el esposo
 ¿De quien huye? — de su rabia,
 De los vengativos celos
 Que en su pecho se levantan.
 Pero en vano, ellos le siguen,
 De quien su espíritu asaltan
 Y le gritan al oido:
 «Muerte á la perjura que ama.»
 Corre, infeliz, no te páres,
 Vasto es el campo; erizada
 Tu carrera está de abismos
 Y de aguijones tu almohada;
 No hay sueño, no, para tí,
 No descanso para tu alma:
 Que las manchas del honor
 Ni aun con la sangre se lavan.

Sudando y lleno de polvo
 Vuelve el esposo á su casa.
 En los hijares del bruto
 Brota sangre colorada,
 Y el corazon de su dueño

Arde como viva brasa,
Y por corredor sombrío
Ciego penetra á la estancia
De Celia, á tiempo que triste
Su instrumento ella templaba,
Su vihuela que era su ángel. —
Ambos se miran y callan; —
Ella tiembla y palidece
Como si viera el fantasma
De la muerte aparecerse
Trayéndola una mortaja.
«Celia ¡qué pálida estás!
¿Has pasado noche mala?
Tus ojos Celia han llorado
¿Podré yo saber la causa?»

« — Tu semblante, esposo mio,
Algo siniestro presajia...
Si he llorado fué por ti...
Oye una cancion que espanta
Los tristes presentimientos
Y las congojas aciagas. — »

Ven á mis brazos
Esposo mio.
¿Porqué ese ceño
Triste y sombrío
Que da pavor?
Ven y descansa

De la fatiga,
De los cuidados;
Yo soy tu amiga,
Yo soy tu amor.

Mira! mis ojos
Por ti han llorado,
Toda la noche
Se han desvelado
Tambien por ti.
¿Porqué dejarme
Esposo mio,
Si á tus enojos,
Ni á tu desvío
Causa no di?

« Basta, basta, Celia mia;
En tu voz y tus palabras
Hay un talisman oculto,
Hay una hechicera májia;
Y en los melifluos sonidos
De tu querida guitarra
No sé qué, que de mi sangre
La fiebre ardorosa calma; —
Gracias te doy, mi Sirena,
A tu vihuela doy gracias,
Ella merece tu amor...
Me voy á dormir, descansa. »

VIII.

Coronado de espléndida diadema
El luminar del día se ocultaba
En mar de resplandores, y la tierra
Al quedar en tinieblas solitaria,
Absorta y congosa parecia.
Ausente á la sazón de su morada
El esposo de Celia, y perseguido,
Acosado tal vez por el fantasma
Terrible de su honor; entre el bullicio
Olvidar sus ofensas procuraba;
Mientras Ramiro á la inocente Celia
De su pasión funesta y temeraria

Declaraba el misterio con acentos
Tan llenos de ternura y eficacia,
Que á la misma virtud conmovieran.
Celia fuera de sí, muda, ajitada,
Por contrarios afectos, ni podia
Repeler aquel hombre que idolatra,
Ni su amor revelarle; mas sus ojos
El secreto de su alma traicionaban.
Pero al fin le responde: «Huye, Ramiro,
Y respeta la paz de mi morada;
Ten piedad de mi estado; soy esposa,
El deber, el honor, una muralla,

Un abismo insondable han interpuesto
Entre mi amor y el tuyo, y la venganza...
La justicia de Dios nos está viendo...
Huye, Ramiro, y mi inocencia salva. »
« — Celia divina; el corazón me parte
Ese fiero rigor que á la constancia
De pasión indomable é infinita
Opone tu virtud; déjame, ingrata,
De amor hablarte por la vez postrera,
Déjame aquesta dicha soberana
De pensar en tu amor, ¿porqué tus ojos
Ante los míos puso la desgracia?
¿Porqué tu canto oyera y la armonía
De aquella tu dulcísima guitarra?
¿Porqué no fuí insensible á tus encantos?
Oyelo y lo sabrás; — cuando dos almas
Nacieron para amarse, ellas se buscan,
Y hasta encontrarse sin destino vagan;
Pero ah! de ellas si tarde, porque entónces
En vez de glorias infortunios hallan,
En vez del Cielo Infierno; así, la mia
Buscó la tuya, hasta que en hora infausta
La encontró al fin; no quieras la maldiga,
No me quites, ó Celia, la esperanza,
No me quites tu amor, porque es mi vida; —
¿Negaría tu mano un poco de agua
Al mísero sediento, y tú me niegas
El inocente don de una palabra?
Pronuncie amor tu labio una vez sola,
O muera yo de amor pues inhumana,
Te gozas en mi mal: » — así Ramiro
Decía á Celia, y la elocuencia rara
De la pasión brotaba por su rostro,
¡Lenguaje misterioso que las almas
Comprenden en silencio! Y como absorto,
Colgado de su boca y sus miradas
Permanecía mudo. Ella mas tierna
Y con lánguidos ojos contemplaba,
Como engolfada en piélago de afectos,
Aquel hombre rendido allí á sus plantas,
Que era el Dios de su amor, á quien perjuró

Su débil corazón incienso daba,
Aquel amable seductor que tierno
Besa y estrecha sus ardientes palmas,
Aquel ángel benigno que le ofrece
El tesoro de amor que ella buscaba,
Y la pide tan solo en recompensa
De esperanza y consuelo una palabra;
Y rendido á un hechizo misterioso,
Que sus potencias débiles enlaza,
Sentía desmayar su fortaleza,
De su esposo y sí misma se olvidaba,
Y su entreabierto labio parecia
Querer articular una palabra,
Palabra celestial que apenas osa
Pronunciar el pudor cuando mas ama.
Pero á la puerta asoma de repente
El esposo ofendido que velaba;
Ojos de fuego vibra aterradores
Sobre aquellos incautos, y se lanza
Como el tigre feroz sobre la presa
Con puñal que en su diestra arroja llamas
A traspasar á Celia; — mas Ramiro
Al ver la arma siniestra se levanta
Lleno de indignación; el fiero golpe
Detiene con su brazo y lo desarma;
Y al punto Celia cae, con ay! profundo
Con ay! del corazón que á entrambos pasma.
Y entonces ó Dios! cual si armonía oculta
Existiera entre Celia y su guitarra,
Reventaron las fibras con violencia,
Y fúnebre suspiro, queja infausta
A par de ella exhaláron. ¿Se heló acaso
El afectuoso pecho que arrancaba
A su forma insensible acentos vivos,
Y de su dulce voz cesó la májia,
Cesó con la de Celia? Así es la vida,
Delicado instrumento que derrama
Torrentes de armonía, ecos sublimes
Al soplo de pasiones inflamadas;
Mas si ellas no lo animan, enmudece,
O exhalando un suspiro se quebranta.

SEGUNDA PARTE.

I.

Hay á mas del estero que los sentidos palpan
Un mundo misterioso sin forma ni color,
Mundo que presentimos y que sin duda existe
Porque nos cerca y mueve su infatigable accion.

Un mundo de armonías, de fuerzas que difunden,
Fluyendo de la vida, la actividad do quier,
De ocultas simpatías, magnéticas influencias
Que obran bajo el imperio de inescrutable ley.

Cadena imperceptible que el ser al no ser liga
La materia al espíritu y la natura al yo,
Y uniendo de las almas los íntimos afectos,
En relacion nos pone con lo animado y Dios.

Eléctrica sustancia que al universo abarca,
Emanacion divina, espíritu sutil;—
Misterios son de un mundo que el ojo no percibe,
Y la razon en vano pretende concebir.

La voz de la conciencia á veces nos lo anuncia,
A veces lo adivina profeta el corazon,
A veces el poeta columbra sus prodijios
Les da visible forma su soplo enjendrador.

¿Porqué al mirar la luna, surcando majestuosa
En carro de zafiros el firmamento azul,
Cuando el aura embalsama el lecho donde el Plata
Dormita bajo pálio de transparente luz,

Estáticos probamos deleite indefinible,
Gozamos de la calma que reina en derredor
Los ecos escuchamos de música inefable,
Vivimos de la vida que anima la creacion?

Mil lenguas ella tiene, mil voces que nos hablan
Vagamente de gloria, felicidad y amor;
Su vida es armonía, y cada eco que exhala
Despierta en nuestras almas sonora vibracion.

¿Porqué cuando se goza nuestro ánimo tranquilo
Fatal presentimiento lo viene á atribular,
Y el jemido lejano del corazon que amamos
Llega á turbar del nuestro la solitaria paz?

¿Porqué al ver la hermosura en rostro de quince años,
La sonrisa inefable del virjinal pudor
Purificada el alma sentimos como si ella
Emanaciones puras transpirase de Dios?

¿Porqué nos arrebatá la inspiracion del jenio,
Un acto de heroismo, de amor ó de virtud,
Y la belleza tiene tan poderosa májia
Que á la vejez helada palpitar hace aun?

La vida es la armonía; nuestra alma un instrumento
Que vibra unisonante con la obra del Creador,
Pero se rompe frágil y disonantes ecos
Exhala destemplada su solitaria voz.

Del instrumento entónces las fibras enmudecen,
O al aire dan en vano su lánguido jemir;
La vida es como antorcha que en medio de un sepulcro
Sin pábulo arde mustia para estinguirse al fin.

Celia es esa antorcha que arde
En solitario sepulcro,
Ese instrumento que exhala
Solo acentos jamebundos.
No ha muerto porque palpita,
Inarmónico y convulso,
El corazon que la diera
Dios para tormento suyo;
Pero ha muerto para sí,
Para los otros y el mundo;—
Ha muerto para sus ansias,
Para sus deleites puros,
Para sus vanas quimeras
Y sus desengaños crudos.
Si vive aun, es su vida
Bajel náufrago sin rumbo,

Que vaga á merced del viento
Por el piélago profundo.
Si vive aun, es su vida
Como la de esos arbustos,
De hoja mustia y verdi-negra,
Que no dan ni flor ni fruto,
Porque su seca raiz
No encuentra en la tierra jugo.
Si vive aun, es su vida
Sueño febril y confuso
Con parasismos de calma,
Letargo de un moribundo;
Luz que agoniza y se aviva
De aura fugaz al impulso.
Su labio, donde sonrisa
Fascinadora Dios puso,

Y melodías tan tiernas
 Hoy inespresivo, mudo,
 Lívido está; y del silencio
 Parece el mármoleo busto.
 Si articula, son palabras
 Vagas, sin sentido alguno
 Que nadie entiende, algun nombre
 Desconocido y oscuro;
 O si tal vez en su mente
 Pensamientos importunos
 Brotan, pasan y revuelven,
 Y allí luchan en tumulto
 Como las olas del Plata
 Cuando se ajita iracundo,
 Nadie lo sabe;—si ve
 En sus delirios nocturnos,
 Negras horribles visiones,
 Hondos abismos desnudos;
 Nadie lo sabe, porque ella
 Nunca lo dijo á ninguno.
 Nadie sabe las tormentas,
 Los devaneos confusos,
 Las congojas y pasiones,
 Ni los martirios agudos
 Que aquella alma de mujer
 Desgarraran uno á uno.

Pero los que la rodean
 Dan respeto á su infortunio;
 Porque en los pechos humanos
 La compasion es un culto;
 Y solo ven que su rostro
 Está blanquecino y mustio
 Como el lirio que arrancaron
 Frívolas manos por gusto;
 Que desgreñados ahora
 Flotan sus cabellos rubios
 Por su nevada mejilla
 Espalda y hombros ebúrneos:
 Que ya no hay galas para ella,
 Vestidos, joyas de lujo,
 Tocador ni pasatiempos,
 Risas ni saraos del mundo.
 Y que aquel airoso cuerpo,
 Cabizbajo y taciturno,

De albo ropaje vestido,
 Lleva alto é inseguro
 Do quier el pié; y ora absorta
 Clava la vista en un punto,
 Y allí está como atraída
 Por algun prestijio oculto;
 Ora al cielo la levanta,
 Remueve el cuello desnudo,
 Y otra vez el lento paso
 Mueve sin designio alguno.
 Solo notan en sus ojos,
 Antes tan bellos y puros,
 Como chispas que relumbran
 Mirar fijo y vagabundo:
 Y que de ellos brota á veces,
 Como por violento impulso,
 Una gota transparente
 De lava del pecho suyo,—
 Lágrima que en su mejilla
 Deja al caer vivo sureo.
 Solo saben que su nombre
 Anda en la boca del vulgo,
 Y que lenguas femeniles,
 Dardos que hieren ocultos,
 Cuentan que el esposo airado
 La ha condenado á repudio.
 Solo ven que la señala
 Como criminal al mundo.

Pobre Celia! la deshonra
 A mas de horrible infortunio!
 Pobre Celia! haber sufrido
 El destino que te cupo
 Con resignacion virtuosa,
 Consagrado el amor tuyo,
 Y tu juvenil belleza
 A un esposo, al hombre adusto,
 Que para ti no creara
 Sin duda Dios; y en tributo
 Hoy desdicha y deshonor
 Sobre ti descarga el mundo;
 Sin piedad aniquilando
 Tu porvenir en su orgullo.

Y sin embargo ese crimen
 No fué tal vez crimen suyo.

Su alma pura é inocente
 Firme en su fé se mantuvo.
 Quizá allá su fantasía
 Ardientes deliquios tuvo,
 Tuvo sueños insensatos
 Y pensamientos impuros;
 Quizá allá su corazon,
 Virgen y tierno, no supo
 Amurallarse á la lengua

Del seductor importuno;
 Quizá amó; pero el secreto,
 Para mal é infierno suyo,
 En sus entrañas ardientes
 Lo enterró como en supulcro
 Y ese crimen de conciencia,
 Que juez implacable y justo
 Lleva en sí mismo el culpable,
 Necio lo castiga el mundo.

II.

Ramiro es infeliz; en sus entrañas
 Raices ha echado la pasion vivaz,
 La pasion insensata que debia
 Rastro endeble en su ánimo dejar:—
 Ella le roe, y le consume el pecho,
 Atiza en él abrasador volcan,
 Le hace olvidar deberes sacrosantos,
 Absorbe su vivir y actividad.
 Si ántes tranquilo y delicioso sueño
 Encontraba y placer en el hogar,
 Hoy su lecho es un potro de tormento,
 Su albergue un calabozo sepulcral.
 Si ántes la risa de su amable labio
 Era para las bellas talisman,
 Y en tertulias, festines y paseos
 Sabia voluntades conquistar,
 Hoy solitario taciturno y triste
 Asombro inspira, ó compasion no mas.
 Si ayer noble ambicion, sueños de gloria
 Alimentó su pensamiento audaz,
 Hoy la ciencia y los libros menosprecia
 Que refrigerio á su pasion no dan.
 Si oyendo las aéreas armonías,
 Cuando la luna derramando va
 Su luz benigna en la dormida tierra,
 Idealizaba el bien y la verdad;
 Hoy la vasta creacion para él no tiene
 Sino ecos de presajio funeral,
 Que el mundo suyo es la mujer que adora
 Y de ese Eden no gozará jamas.
 Pero ansioso la busca y no la encuentra,
 Desde aquel día á entrambos tan fatal:

Pregunta en vano y nadie satisface
 Su devorante amor y su ansiedad.
 Do quier en tanto ánte los ojos suyos
 Hermosa, viva, encantadora está,
 Do quier á Celia ve, y sobre su pecho
 La hoja brilla de matador puñal:—
 Hierve entónce su sangre, y la venganza
 Se levanta en su pecho colosal,
 « Muerte, grita, primero al asesino,
 Yo soy de Celia el angel tutelar.
 Era su esposo, sí, y deleite torpe
 Beber pudo en su labio virjinal;
 Pero por él no palpitó su pecho,
 Ni su alma pura poseyó jamas:—
 Ella es mia, lo sé. ¿Quién á mi anhelo,
 Quién oponerse á mi pasion podrá?
 Yo la quiero, ella me ama, muera el necio
 Que nuestro amor pretenda separar. »

Y contra un imposible va á estrellarse
 Este impulso de su alma criminal,
 Como se estrellan en erguida roca
 Gigantes olas de bravío mar.
 Y frenético va, viene, se ajita,
 Corre las calles de la gran ciudad,
 Monta á caballo, é impresiones nuevas
 Frenético dó quier buscando va.

Pero en vano procura el insensato
 La fiebre de su espíritu calmar,
 Envolverlo en el vértigo y fatiga
 Del movimiento activo corporal,

Si dó quier, á toda hora, cada día
Hierva en sus venas la pasión voraz,
Y su querer gigante va á estrellarse
Como en la roca el tempestuoso mar.

Y así de pasiones lleno,
De deseos temerarios,
Para aturdirse un momento,
Monta una tarde á caballo.
Era una tarde de aquellas
Deliciosas de verano,
Cuando el viento de la Pampa
Templa del calor los rayos,
Y á las orillas del Plata
Trae las aromas del campo;—
Cuando el aire es tan vital
Tan transparente y liviano
Que espansion indefinida
Parece quiera elevarnos
Y deseos infinitos
Brotan en la mente y vagos;—
Cuando la vida rebosa,
Hierva en todo lo animado,
Y fermentan las pasiones
En el corazón lozano.
Y en esa tarde Ramiro,
En un tordillo bizarro,
Por la calle de *Barracas* (4)
Cruzaba á galope largo,
Envuelto en nube de polvo
Que levantaban los cascos
Del animal que fogoso,
Impaciente como el amo
Anchas narices abría
Para sorberse el espacio.
Grupos varios de jinetes
Damas á pié ó cabalgando,
Arboledas, cacerías,
Todo atrás iba dejando
Ramiro, sin que un momento

Nada pudiera distraerlo;
Porque en su mente hormiguea
Informe, pero animado,
Un mundo.—Lleva el sombrero
Sobre la vista inclinado,
Porque lastima la luz
Su ardiente pupila acaso,
O porque ella de la noche
De su espíritu es sarcasmo;
Pistolerías al arzon,
Frac azul, pantalón blanco
Lleva, y espuelas que dan
Gigante brío al caballo.
Pronto el puente de Barracas
Atravesó galopando;
Prendió al bruto las espuelas
Y tomó por suyo el campo.
Nada detiene la furia
De su correr, ni pantanos
Ni barrancas, ni bajíos;
Nada á su ardor pone espanto,
Que ciego va y al destino
Desafia temerario
Quien para luchar con él
Tiene voluntad de mármol.
Y así que sintió en los bríos
Del noble bruto desmayo,
Llegó á una quinta cercana,
Sin designio meditado,
Cuando el sol plácidamente
Se escondía en el ocaso.
A'ó al *palenque* (5) la brida
Del animal traído,
Y subió por escalones
Hasta el cacerío vasto,
De alto cuerpo y bella vista,
Sobre un terraplén fundado,
Donde á la sazón no había,
Al parecer, sino criados.
Al pisar allí, un recuerdo

4 *Barracas*—nombre de una vasta calle de paseo poblada de hermosas quintas, que conduce al riachuelo del mismo nombre, en cuya orilla hay desde tiempo inmemorial grandes almacenes para depósito de cueros, etc. llamadas en el país *Barracas*.

5 *Palenque*—pequeña estacada de gruesos maderos trabados horizontalmente, en la cual se ata la sogá ó la brida del caballo. Los hay generalmente á la entrada de toda casa de campo.

Atravesó como dardo
Por su mente; aquella quinta
Era, aquel sitio encantado
Donde por primera vez
Vió de Celia los encantos,
Donde la dicha perdió
De sus juveniles años.
Bajó el terraplén de nuevo,
Y hacía un bosque de duraznos,
No muy distante de allí,
Se encaminó á lento paso;
Luego entró á una angosta calle
De álamos copudos y altos,
En cuyo extremo flameaban
Del sol los últimos rayos.
De hojas secas y de flores
El suelo estaba regado,
Y mezclando su fragancia
Las mosquetas y los nardos
Y las rosas se mecían
En sus ramas y sus tallos.
Pensativo se detiene,
O camina á lento paso,
Que el aroma de las flores
Le tiene como embriagado.
Aquí ó allí despues nota
En el tronco de los álamos
Cifras de amor que amadores,
Felices tal vez grabaron,
Y algunas borradas ya
Por haber crecido el árbol.
» Frájiles memorias son
Que al pasar necios dejamos,
Creyendo vivirán mas
Que nuestros amores vanos.»
Dijo para sí y camina,
Pensativo y ajitado
Hasta llegar al estremo
De la calle, por do manso
El *Riachuelo* (6) se desliza

Del gran Plata tributario.
Sombreada su fresca orilla
Viejos sauces agobiados,
Jóvenes retoños suyos,
Acacias, higueras y álamos...
.....
Allí en la grama se sienta,
Y sobre el codo apoyado
Vé delante, que al pasar
Las aguas remolineando
Pliegues y círculos forman
En la honda olla de un remanso;
Y que hojas, ramas y peces,
Cadavéricos y blancos,
Envuelve allí el remolino,
Se hunden y salen flotando,
Para volverse á perder
En el remolino manso,—
—» Así son mis esperanzas,
Mis deseos insensatos,
Y las pasiones que bullen
En mi pecho temerario,—
Hervidero de agua viva
Que hondo abismo va tragando...»
Pensó Ramiro. Del sol,
En el horizonte claro,
Brillaba aun transparente
La diadema de topacios,
Y el crepúsculo en la tierra
Iba lento derramando
Aquella luz misteriosa,
Aquellos tintes opacos
Que á los objetos imprimen
Contorno indeciso y vago.
Las auras quietas dormían
En sus aéreos palacios,
Todo era calma y silencio,
Todo misterio aquel cuadro;
Todo armonía y reposo

6 *Riachuelo*—en español es nombre genérico de todo pequeño río; en Buenos Aires apelativo de la única corriente que por las cercanías de esta ciudad desagua en el Plata. También le llaman riachuelo ó río de Barracas.

En aquel sitio encantado,
Do solo á veces se oía
Del agua el murmullo blando,

III.

Ramiro entónces sintió
Bajar refrijerio á su alma,
Participó de la calma
Que reinaba en derredor ;
Y por la primera vez
Miró serena su mente
Su desventura presente,
Lo insensato de su amor.

» Manso rio ¡ quién dichoso
De tu fortuna gozará !
Del animado reposo,
De tu amena soledad !
Quien viera correr su vida
Como la tuya serena,
Por una márjen florida,
Libre de la tempestad !»

» Yo tambien feliz vivía
Cuando Dios quiso, y creaba
Mi risueña fantasía
Sueños de felicidad :
Yo tambien gozaba ayer
De esa tu calma que envidio,
Porque hoy con la furia lidio
De gigante tempestad.»

» Sin duda Dios, en mal hora,
Me dió indómitas pasiones,
O de locas ambiciones
Jéra en fatal puso en mí ;
Porque hoy abriga un infierno
Mi cabeza, donde luchan
Lo mundanal y lo eterno
Con ardiente frenesí.»

« ¿ Porqué la vi ? Porqué al verla

De la tortola el arrullo
O el gemido solitario.....

Nació en mí un incendio al punto ?
Porqué vi en ella un conjunto
De perfeccion ideal ?
Porqué funesto destino
La puso ante mí tan bella,
Para que incauto por ella
Sintiese amor criminal ?»

» Criminal sí, lo confieso,
Lo conozco, pero tarde ;
Porque ¿ quién la lava que arde
Puede apagar del volcan ?
Quien desarraigar del pecho
Esta pasion que me absorbe,
Y de ella solo en el orbe
Hace centro de mi afán ?»

» Harto pago mi delito,
Si fué delito el quererla,
Si ciego ignoraba al verla
Fuese de otro la mujer ;
Harto lo pago si doy
El reposo de mi vida
A una esperanza mentida,
A un amor que no ha de ser.»

« ¡ Oh naturaleza bella !
Yo comprenderte sabía
Cuando entre tu alma y la mía
Vivo concierto existió ;
Pero hoy instrumento mudo
Eres para mí, y no puedo,
Cuando de mí mismo dudo,
Concebir tu vida yo ?

« Centro creador de armonía,

En el gran todo, y señor
El hombre me parecía
De este sublimar jardín ;
Pero hoy enigma sin nombre
Me parece el universo ;
Donde en tinieblas el hombre
Marcha ignorando su fin. »
« Así yo incierto divago,
Sin una luz que me guíe,
En pos de algo que sonríe
A mi ardiente corazón ;
Y cuando sondo en mí mismo,

Horrorizado y diluso,
Solo descubro un abismo
De muerte y tribulacion. »
Estos y otros pensamientos,
Como recuerdos amargos,
Por la mente de Ramiro
Rápidamente pasaron...
Era la noche ; adios, dijo,
Adios al Riachuelo manso,
Y se fué hasta el caserío
Pensativo y cabizbajo.

IV.

Serena estaba la noche,
El firmamento estrellado,
Y aromas puros traía
Fresca la brisa del campo.
Ramiro en el corredor
Del caserío, sentado
En un gran sillón vetusto
De gusto anterior á Mayo ; (7)
Puesta la mano en su frente,
Y crecía como crece
Cavilaba, revolvía
En su espíritu ajitado
Quizá planes de venganza,
Pensamientos temerarios.
Do quier su pasion hallaba
Invencible algun obstáculo,
Y crecía como crece
Torrente que no halla paso.

Y rebosa y se desploma
Todo en su furia arrasando.
Y veía desde allí,
Alzando la vista á ratos,
Brillar luces vagabundas
O eclipsarse en el espacio ;
Y oía al ronco chillido
De los grillos y los sapos,
El graznido repentino
De los vijilantes gansos,
El balar de alguna oveja,
O el relincho de un caballo,
Cuyos disonantes ecos,
Confundidos y mezclados,
Una música formaban
Capaz de poner espanto
Al hombre ménos dispuesto
A sueños de visionario.

De gusto anterior á mayo.

7
En mayo de 1810 se inauguró en el Plata la revolucion de la Independencia. Antes de esa época muebles, trajes, modas, todo era de gusto severamente español ; despues de ella, el comercio libre trajo al país objetos labrados al gusto de otros pueblos europeos, y el gusto del país en materia de cosas de ornato y comodidad se fué modificando y mejorando sucesivamente.

Y en esto que allí Ramiro
Proseguía cavilando,
Una criada de la casa
De pelo y rostro africano,
Que cariño le tenía,
Vino y le dijo despacio:

« Mi amito ¿qué no se acuesta? »

— No, todavía es temprano. —

« Temprano, y las once ya
En el Cabildo sonaron ! » (8)

— ¿ Se han oído ? —

« Sí, señor,

El Norte está ahora soplando. »

— Sí serán, pero yo estoy

Esta noche desvelado. —

« Mi amito ; ha visto la luz ? » (9)

— ¿ Qué luz ? —

« La que anda vagando

Allí en el potrero viejo (10)

En las noches de verano. »

— ¿ Que luz es esa ? —

Es el alma

De un hombre que allí mataron. »

— Vete tonta, esos son cuentos

Que forjó algún visionario —

« No, mi amito, es realidad.

El marido era hombre malo

Y allí dió de puñaladas,

Un día que andaba arando,

Por celos de la mujer,

Al peon quintero del amo; (11)

Y desde entónces allí anda

La ánima suya penando ;

A las once se aparece,

Y ya las once sonaron ;

Por eso á esta hora ninguno

Se atreve á andar por los álamos, (12)

8

¡ Temprano, y las once ya

En el cabildo sonaron !

En la torre del edificio donde en otro tiempo se congregaba la municipalidad ó cabildo de Buenos Aires está el reló de la ciudad, cuya campana cuando sopla el viento del Norte se oye á mas de legua hácia el Sud. El viento Norte en el rio de la Plata produce conjestiones cerebrales y predisponde el ánimo á los sueños y fantásticas visiones.

9

Mi amito, ¿ ha visto la luz ?

Amito—espresion de cariño y respeto con que denominan los criados de color á los hijos de sus amos y en jeneral á toda persona jóven que no es de su clase.

Luz—nombre que dan en el Plata á las exhalaciones fosfóricas ó fuegos fátuos. La jente vulgar y preocupada se imagina que son ánimas en pena de personas asesinadas ó muertas sin confesion.

10

Allí en el potrero viejo

Potrero—estension de campo zanjeada para encierro y pastoreo de caballos; cuando se destina á siembras ó se abandona se llama potrero viejo. Son lugares adonde naturalmente abundan las luces ó fuegos fátuos.

11

Al peon quintero del amo

Peon quintero—jornalero que trabaja en la labranza de la quinta. Amo—el dueño y señor de casa y servidumbre.

12

Por eso á esta hora ninguno

Se atreve á andar por los álamos

La calle de álamos por donde Ramiro se paseó esa tarde pasaba contigua al potrero viejo, lugar donde aparecía la luz ; por cuyo motivo ningún morador de la quinta se atrevía de noche á cruzarla ni á mirar hácia ese rumbo.

Ni á mirar ; — yo voy ahora
A rezarle mi rosario. »

Dijo y se fué, y en la silla

Quedó Ramiro abismado ;

Que aquellas palabras eran

De su conciencia presajio,

Recuerdo horrible para él

De cosas que le pasaron.

Y en el cuento de la tia (13)

Siguió Ramiro cismando,

Y continuaba el chillido

De los grillos y los sapos,

Y las (14) linternas brillantes

En la oscuridad vagando.

La luz, ardiendo en la sala,

Vertía trémulos rayos

En el corredor oscuro,

Triste, silencioso y largo,

Donde Ramiro tan solo

Cavilaba desvelado.

Entró á ella, y una vihuela

Tomó allí de sobre el piano,

Volvió á su asiento y despues

De preluviar un buen rato,

Cantó aquella melodía,

Tierna y de eficaz halago,

Que llorar hace á las bellas,

Y en el alma deja rastro :

— El desamor, ó el jemido

De un corazon solitario —

Y se quedó pensativo,

Con la guitarra en la mano.

Oyó entónces un ruido

Aproximarse liviano ;

Miró y vió ¡ horrible vision !

Al resplandor de los rayos

Que salian de la sala,

Acercarse un bulto blanco,
De esbelto y airoso talle,
El cabello desgredado
Y en trenzas por las mejillas
Y por los hombros ondeando.

Y Ramiro en el sillón

Se quedó petrificado.

Y el bulto llegó pasito,
Y se paró allí á mirarlo
Cara á cara, sonriendo ;
Y en su bello rostro blanco
Sus ojos fascinadores
Brillaban como dos lámpos,
Que en los de Ramiro fijos
Poder ejercian májico.

Y Ramiro en el sillón

Lo via petrificado.

Y aquel bulto de mujer
Alzó su nevada mano ;
Un dedo lleno de anillos
Puso en su marchito labio,
Y le dijo : « ¡ Calla ! Calla !
Mira ! me han traído al campo,
Porque en él crecen las flores
Y las flores se han secado. »

Y Ramiro en el sillón *

La oía petrificado.

— « Oye ! la lechuza chilla,
Su grito es de mal presajio...
Dicen que ayer los amigos
Al cementerio llevaron
Su cadáver ; pero su alma
Anda por aquí penando ;

13

Y en el cuento de la tia

Tia—lo mismo que negra vieja.

14

Y las linternas brillantes

Linternas—insectos fosfóricos de luz intermitente y alijeros que abundan en las noches serenas de verano. Son las luciérnagas de España.

Porque hermana es de la mía :
Su voz me llama y su canto.— »

Y Ramiro en el sillón
La oía petrificado.

« Rézale alguna oración;
Los muertos no son ingratos;
Los muertos tienen memoria,
Los vivos olvido y llanto;

Yo me voy á recojer
Flores para él por el campo. »

Y aquel bulto mujer
Todo vestido de blanco,
Se perdió en la lobreguez
Del corredor solitario.

Y Ramiro en el sillón
Quedó inmóvil y desmayado.

V.

Si lo que vió Ramiro aquella noche
Fué febril y fantástica vision,
Si fué la vana sombra ó la apariencia,
De la bella mujer que idolatró;
Si vió su rostro vivo y su mirada
Y oyó de Celia la hechicera voz,

Sin duda lo sabrán los corazones
Que penetran misterios del amor.
Pero jamás de la memoria suya
El recuerdo terrible se borró
De aquella noche borrascosa y triste
De aquello vaga y funeral vision.

TERCERA PARTE.

I.

La vida del esposo es un misterio
Desde que á Celia sorprendió y Ramiro;
Nadie en las calles divisó su rostro,
Ni tampoco le vieron sus amigos.

Su casa ántes alegre y concurrida,
De la abundancia y de la paz asilo,
Que hacían mas risueño y agradable
De una bella mujer los atractivos,

Hoy solitaria está, siervos y criados,
De triste ceño y ademan esquivo
La habitan solo, y su exterior refleja
La tristeza que reina en su recinto.

Si alguno por sus amos les pregunta
Solo responden:—«para el campo han ido,»
A importantes preguntas dan silencio,
Su labio no revela lo que han visto.

Se eclipsó el sol de la morada aquella,
De ella por siempre se apartó el hechizo;
Cayó el Dios tutelar que la escudaba
Como un ángel rebelde en el abismo.

Que la sonrisa de mujer hermosa,
De su voz tierna el singular prestigio,
Cuando el amor en él une las almas
Convierten el hogar en paraíso.

Pero en aquel hogar si hubo contento
No bajó al corazón enardecido
De la infeliz mujer que en torno suyo
Lo derramaba sin cesar benigno.

Todos allí gozaban; el esposo,
Los esclavos, los deudos, los amigos
Su simpático amor; todos la influencia
De su amable virtud y su cariño.

Solo ella era la víctima inocente
Condenada á perpetuo sacrificio;
Solo ella era infeliz porque no amaba
Al hombre á quien la uniera su destino.

Por eso pronto huyó de aquel albergue
A par de ella el contento fujitivo,
Y se alejó el esposo que en infierno
Lo encontró de repente convertido.

Aquel techo lo abruma, no respira
Sino ambiente letal en su recinto;
Parécele que gigantescas voces
« Huye, le gritan, de este hogar maldito. »

Y que escucha estruendosa carcajada
En las salas sonar del edificio,
Como si burla á su impotente rabia
Hiciese y su dolor jenio maligno.

Allí ve el nupcial lecho, viudo ahora,
Donde apuró deleite indefinido,
El sofá do con ella reposaba,
El tocador, sus joyas y vestidos.

Allí vé sù retrato; do quier rastros
De la mujer que amó y ama ofendido;
El jardín donde juntos se recreaban,
Las flores que atraían su cariño.

Por eso huye de allí; que esos objetos
Hieren su corazón en lo mas vivo,
Su vergüenza le pintan é infortunio,
Le recuerdan la dicha que ha perdido.

Y a veces le parecía
Que del hogar doloridos
Se levantaban mil ecos
Agrios á reconvenirlo,
Y le decían « ¿qué has hecho,
Insensato en tu delirio,
De la mujer que fué siempre
Anjel de tu hogar benigno? »
« ¿Porqué nos privaste de ella,
De su sonrisa y cariño,
Corazón de duro bronce,
Hombre del cielo maldito? »
Entónces á pesar suyo
Siente el pecho enternecido,
Y una lágrima de fuego
Brotar, y un hondo suspiro;
Porque pasión desbocada
Lo arrastró á ese precipicio,
Donde caerán despeñados
Celia también y Ramiro:
Que en una misma balanza

Pesó el cielo sus destinos.
Pero en las calles el rostro
Del esposo nadie ha visto,

Porque él en cada mirada
Creería hallar un testigo,
Un juez en cada conciencia,
En cada lengua un indicio;
Que le increpasen tremendos
Su deshonra ó su delito.
Ni quiere dar que reir
A los corazones frívolos,
O que el sarcasmo lo accehe
Para lanzarle sus tiros,
O que al pasar por la calle,
Levantándose maligno,
Algun dedo lo señale
Diciendo: — « allí va el marido. » —

Por eso se oculta y marcha,
Bajo el velo del sijilo,
Revolviendo en su cabeza
Mundo de ideas sombrío.
En tanto en el corazón
Lleva su dolor esquivo,
Y su impotente venganza,
Y su furor escondido;
Y no encontrará solaz,
Sueño en su almohada tranquilo,
Hasta que haciendo esplosion
Muerte fulmine ó castigo.

Que la pasión vivaz irrealizada,
Aunque vea delante horrible abismo,
Vela febril, infatigable marcha
Jigantesca y tenaz á su designio.

II.

Hay horas de silencio y de recojimiento
En que dormida el alma cansada de afanar,
En que la ardiente lucha del corazón se calma,
Y replega sus alas el pensamiento audaz.

En que ébrios los sentidos, la carne adormecida
De nuestro yo conciencia, ni del mundo exterior
Tenemos, ni las formas ni los colores vemos,
Ni los ayes oímos, ni el terrenal clamor.

Despiertos no sentimos, entónces, ni pensamos,
Tan solo vejetamos, vivimos sin vivir;
No hay ansias, ni deleites, ni locas ambiciones,
De las pasiones cesa la ajitación febril.

Entónces no sufrimos, ni tampoco gozamos,
Porque latente yace la actividad del ser,
Porque si vuela el tiempo para nosotros raudo,
El peso de sus alas no abruma nuestra sien.

Dichosos, si durasen las horas de ese sueño
Como duran y vuelven las del sueño comun;
Pero ah! que ellas no tienen para curar el alma,
Ni darle refrigerio balsámica virtud.

Es el vértigo fatal
Que del ánimo se ampara
Cuando el corazón convulso
La sangre á torrentes lanza,
La embriaguez del sentimiento,
O aquella aparente calma
Que sigue á las convulsiones,
De la pasión desbocada.
Y en este estado Ramiro
Se mantuvo en su morada,
Horas, felices para él,
Si una eternidad duráran.
Cayó rendido al embate.
De impresiones tan estrañas
De tan violentos afectos,

Su voluntad temeraria;
Pero despertando al fin
Mas robusta se levanta
Para oponer al destino
Su jigantesca pujanza.
Entónces en su memoria
Tomaron forma animada
Las escenas de la quinta
Cuanto allí vió y escuchara.

« Ella era, ella era, se dijo,
Y no su apariencia vana
La que vi; de ella sin duda
Las misteriosas palabras.
Y la infeliz me cree muerto

A manos de la venganza
 Del esposo, piensa en mí,
 Me busca, me llora y me ama.—
 Y por mi amor ha perdido
 La razon, y voces vagas
 Aquella boca divina
 Solo inarmónica exhala.
 ¡Dios mío! Dios mío! otorga
 El temple del bronce á mi alma,
 Ilumina mi razon,
 Porque la pasion me arrastra.
 Ella infeliz por mi amor,
 Y en el campo abandonada!
 Su nombre en lengua del vulgo
 Que al infortunio disfama!
 Oh! mi cabeza se pierde
 De este mar en la borrasca; —
 Muerte al esposo asesino!
 Víctima inocente aguarda.»

Y con estos pensamientos
 Una noche de su casa
 Salió Ramiro á deshora,
 Envuelto en su oscura capa.
 Tenebrosa era la noche
 Como la noche de su alma,
 Y alguna estrella divisa
 Entre las nubes que pasan.
 Iba ciego; una otra calle
 De la gran ciudad cruzaba,
 Revolviendo en su cabeza,
 Ora memorias amargas,
 Presentimientos de muerte,
 O colosales fantasmas:
 Iba donde misterioso
 Su destino lo llevaba;
 A realizar el ensueño
 Que persiguiera con ansia,
 A descifrar el enigma
 De sus locas esperanzas;
 O á buscar la luz divina
 De la estrella solitaria
 Que entre las nubes sombrías
 Se ocultó de la borrasca.
 Tenebrosa era la noche

Como la noche de su alma,
 Y con rapidez Ramiro
 Cruzaba las calles largas;
 Y al pasar, en la saliente
 Reja de antigua ventana,
 Tropezó, y lo distrajerón
 Los sones de una guitarra.
 Paró el oído;— una voz
 Sonó dentro mustia y vaga
 Que lo mas hondo y sensible
 Conmovió de sus entrañas;
 Era una voz de mujer,
 De esas que salen del alma,
 Y misterio ó infortunio
 Al que las oye presajian:
 Y reclinado en la reja
 Oyó que la voz cantaba.

Ayer habia
 Flores muy bellas,
 Mas todas ellas
 • Mústias están;
 Buscar es vano
 Frescas ahora,
 Porque en mi mano
 Se secarán.
 La brisa pura
 Del campo es grata,
 Y la natura
 Bella es allí;
 Mas se acabaron
 Brisas y olores
 De lindas flores
 ¡Pobre de mí!

Y al pronunciar la voz mustia
 Estas últimas palabras,
 Un hombre alto, que emponchado
 Cerca de Ramiro estaba,
 Clavando en él rato hacia
 Ojos que relampagueaban,
 Se acercó y le dijo adusto:
 «—¿Qué haces aquí?—»
 Una mirada
 De sarcástico desprecio

Ramiro arrojó á su cara,
 Diciendo: « quien atrevido
 Hace pregunta insensata
 Merece que le responda
 Tan solo una bofetada. »

« — Defiéndete, seductor,
 Que te busca mi venganza — »
 Replicó el hombre, sus ojos
 Despidieron viva llama,
 Y sobre Ramiro al punto
 Descargó una puñalada.
 Este ya herido, hácia atras
 Dió un salto, y lleno de rabia,
 Para defenderse echó
 Al brazo izquierdo su capa,
 Y tiró un puñal que siempre
 A la cintura llevaba,
 Esclamando: — yo tambien,
 Asesino, te buscaba. »

Y ambos instintivamente
 A media calle se lanzan,
 Y en la oscuridad se buscan
 Con fosfóricas miradas.
 Ramiro ágil como jóven,
 La hoja que brilla acerada,
 De su enemigo desvia,
 O envuelve diestro en la capa;
 Y recula y se defiende,
 Que de su sangre villana

Echar en su nombre puro
 No quiere imborrable mancha;
 Pero él lo acosa y lo estrecha,
 Con infatigable saña,
 Y su afan viendo burlado
 Mas se irrita y se agiganta
 Su furor, y el brazo alzando
 Sobre Ramiro se lanza,
 A tiempo que este en un *poste* (15)
 De la vereda se traba;
 Y el acero vengativo
 El hombro izquierdo le alcanza.
 Herido otra vez Ramiro,
 Como la serpiente hollada,
 Antes que el otro se mueva,
 Con rapidez instantanea,
 Va sobre él, y el puñal todo
 En la tetilla le clava...
 Dá un ay! recula, vacila,
 Y se desploma de espaldas
 El hombre aquel, esclamando,
 Con voz ronca y destemplada:

« — Venciste, vil seductor,
 Muestra á tu Celia adorada
 Ese puñal donde escrita
 Está mi muerte y su infamia;
 Pero recuerda que fuiste
 Tú el autor de su desgracia,
 Y que hasta el infierno mismo
 Te seguirá mi venganza. — »

15 *Poste*—Maderos clavados verticalmente en el veril de las veredas de las calles de Buenos Aires.

III.

Y Ramiro al huir horrorizado
Sintió del moribundo las palabras
Resonar como trueno en sus oídos,
Y hacer eco una horrible carcajada.
Y allí entre las tinieblas parecióle
Divisar una forma sobrehumana,
Un ángel ó demonio vengativo
Con voz tremenda repetir: « —Venganza!
Y ciego y aterrado entró corriendo
Por la puerta fatal de aquella casa,
En cuya reja, seductor oyera
El sonido fugaz de una guitarra;
Y en medio de un salón se encontró luego
Que una luz vacilante iluminaba;
Y vió salir de lóbrego aposento
Una mujer con vestidura blanca,
Suelto el rubio cabello y estendido
Por el pecho de nieve y las espaldas,
De mirar vago, y macilento rostro,
Porte de noble reina destronada:
Ramiro quiso huir, pero no pudo;
Una fuerza invencible sus piés traba,
Un mágico poder lo paraliza,
Y sus potencias todas avasalla;
Su corazón no late, no respira,
Inmóvil está como marmórea estatua.
Y de aquella mujer la ardiente vista

Sobre la suya atónita se clava,
Y al mirarlo sonríe cariñosa; —
Se acerca mas y mas, la mano pasa
Por su frente y sus ojos, cual si entonces
De letárgico sueño despertára; —
Parece conocerle; en su faz bella
De íntimo gozo la expresión resalta,
Cual si la vida suya al extinguirse
Sus espíritus todos concentrara; —
Va á abrazarle, y al punto retrocede,
Atónita, convulsa, horrorizada; —
Su inefable sonrisa se disipa,
Brotó en sus bellos ojos una lágrima,
Palidez cadavérica en su rostro,
Agonizante brillo en su mirada; —
Y se desploma al suelo, así exclamando:
« ¡Sangre, Ramiro, criminal te mancha!»
Y al mismo tiempo que cayó se oyeron
Las cuerdas reventar de una guitarra,
Y al eco disonante y moribundo
Respondió una estruendosa carcajada.

Lo que sintió Ramiro aquella noche,
Lo que pasó por su alma atribulada
Solo Dios lo sabrá; que á bosquejarlo
De labio humano la expresión no alcanza.

CUARTA PARTE.

En la gran capital del Argentino,
Donde arrulló su vida la fortuna
Lisonjera y feliz desde la cuna,
Nadie á Ramiro en adelante vió;
Nadie supo si en climas extranjeros,
Léjos del bello y afamado Plata,
La estrella suya le sonriera grata,
Ni adonde el infortunio lo llevó.

Mucho se habló del crimen, la malicia
Tal vez por bajo pronunció su nombre,
Pero quedó la muerte de aquel hombre
Envuelta en misteriosa oscuridad:
Unos á error ó vengativa saña,
Otros á la maldad lo atribuyeron,
Y comentarios mil sobre él se hicieron,
Mas nadie descubrió la realidad.

Si el fin de Celia lamentable y triste
Alguna luz á la justicia diera;
O si el rastro de sangre descubriera,
La mano criminal no alcanzó á ver;
O si la vió, tal vez herir no pudo,
O pensó cuerdamente que el castigo
No es para el que luchando al enemigo
Alevoso y tenaz supo vencer:

Mucho se habló del crimen, pero pronto
Se perdió su memoria; y el olvido,
De la esposa infeliz y del marido,

Los restos confundió en un ataúd;
Tal vez alguno pronunció sus nombres,
Y una lágrima pura y elocuente
Dió ofrenda religiosa solamente
De Celia desdichada á la virtud.

Ramiro, en tanto, en extranjera nave
Las crespas ondas de la mar surcaba,
Y al destino fatal abandonaba
Resignado su vida y porvenir.
¿Qué le importan las ansias de la tierra?
La embriaguez de su gozo y sus pasiones?
¿Qué le importan sus locas ambiciones?
Los combates y lauros del vivir?

¿Qué le importa el vivir, si ya la vida
De encantos juveniles vé desnuda,
Si ya en su mente jermínó la duda
Y se secó la flor de la ilusión?
Si ya á los diez y ocho años ha sentido
Lo mas acerbo del dolor mundano?
Si en sus raptos sublimes tocó ufano
El límite ideal de la pasión?

¿Si el demonio fatal del desengaño
El mundo cadavérico le muestra,
Y en premio al lidiador en la palestra
Solo ofrece dolor y un ataúd?
Si en cada flor encontrará una espina,
En cada senda un hondo precipicio,

Si la vida es perpetuo sacrificio
Y un ensueño febril la juventud?

¿Si rayo de infortunio inesperado,
Aniquilando el jérmén de su dicha
A su atónita mente ha revelado
Abismo de pasmosa realidad?
Si su jóven, ilusa fantasía
De brillante, ideal, místico mundo
Deslumbrada cayó en el cieno inmundo
Donde todo es miseria y vanidad?

Allí sus esperanzas se estrellaron,
Sus bellas ilusiones se perdieron.
Y exhalando un gemido, en él se hundieron
Los partos de su hermosa juventud;
De esa feliz edad en que posible
Todo creemos, cuando el alma incauta
Se lanza en su expansion indefinible
A rejtones de gloria y beatitud.

Y el desengaño ahora con su soplo
Hiela el foco vital de su entusiasmo,
Y hace burla con hórrido sarcasmo

De su imprudente y necia candidez ;
Le echa en rostro su loco desvarío,
Los quiméricos raptos de su anhelo,
Y en su pecho de jóven vierte el hielo
De la impotente y mísera vejez.

Su corazon ardiente está cerrado
A las dulces y tiernas emociones ;
Ya no exhala sonoras vibraciones,
Ya no siente, ó es mudo su sentir ;
Indiferente al gozo y la alegría
Parece por su rostro, donde asoma
Del triste desengaño la ironía,
Al traves del apacible sonreír.

Su corazon herido es un sepulcro
Donde yace por siempre sepultado
El recuerdo vivaz de lo pasado,
De su funesta, indómita pasión ;
Si alguna vez sobresu jóven frente
Nubes esparce ó palidez sombría,
Vuelve, gusano de insaciable diente,
A devorarlo con igual teson.

II.

Del mar sublime, entre tanto,
La agitacion ó la calma
Al penoso afán de su alma
Suelen alivio traer ;
Y su gigantesca voz
Pasiones altas y vivas
Que dormían inactivas
Iba en su seno á mover.

Él, que la amó desde niño,
Viendo en toda su grandeza
Allí á la naturaleza
Grande también se sintió.
Y se dijo, meditando,
« Donde voy? por qué camino?
Cuál es del hombre el destino?
Qué haré de la vida yo? »

« La vida! sin duda, Dios
Con algun fin me la diera,
Pues á cuanto creó impusiera
Un destino y una ley;
Y grande y digno ser debe
El de la noble criatura
Que concreta la natura
En su cabeza de rey. »

« Pues que vivir es preciso,
Burlando al dolor, vivamos!
A nueva esperanza abramos
El corazon juvenil ;
Tal vez hallemos la fuente
De refrijerio y de calma
Donde amortigue la mente
Su ambicion loca y febril. »

« Vivamos! que es cobardía
Solo de ánimo mezquino
Doblar la frente al destino,
Y resignado jemer ;
Luchemos, si hemos nacido
Para luchar en la tierra,
Si es perpetua y dura guerra
La condicion del vivir. »

« Animo, pues, adelante!
Corazon mio, marchemos!
Tal vez rayos columbremos
De bien y felicidad :
Que vencedor ó vencido,
En la terrenal palestra,
Es do el hombre ejerce y muestra
Su grandeza y dignidad. »

III.

Ramiro los dolores de la vida,
Los arcanos profundos no ha sondado
En toda su estension ; bella y florida,
Vista al traves del prisma iluminado,

De la edad juvenil le pareciera,
Cuando en amor y fé su pecho ardiente
Rebosaba dichoso y altanera
Todo allanaba su ambiciosa mente.

Cuando esplayando su voraz deseo
Por el vasto jardin de la natura,
Cada objeto anhelado era un trofeo,
Un manantial perenne de ventura.

Pero arrancando el desengaño un dia
La venda misteriosa á su confianza
Le mostró con sarcástica ironía
La tumba de un amor y una esperanza.

Entónces vió las flores de la vida
Marchitarse y caer hoja por hoja,
Y su alma atribulada y confundida
Por la primera vez sintió congoja;

Sintió intenso dolor ; — desnuda y fea
Columbró la espantosa realidad,
Y empezó á presentir su ilusa idea
Que todo bajo el sol es vanidad.

Porque la vida es intrincada ciencia
Que penetrar la juventud no puede ;
Patrimonio fatal de la esperiencia
Al tiempo solo sus verdades cede.

O mas bien es un libro misterioso
Que revela al mortal en cada día
Un desengaño amargo y doloroso,
Y su postrer arcano en la agonía.

De ese libro una página leyera
Los ojos al abrir de la razon ;
Por eso la esperanza renaciera
En su jóven y ardiente corazon.

Por eso audaz, aunque el dolor le oprime,
Ambiciones en sí sintiendo estrañas,
Vá á buscar esa incógnita sublime
Que encierra el porvenir en sus entrañas.

Mas no lo mueve amor de la belleza ;
Yerta está esta pasión ; otras mas hondas
Hierven confusamente en su cabeza
Como en el mar las incansables ondas.

Pasó para él la edad de los amores,
De las frívolas ansias y placeres ;
Porque apuró congoja y sinsabores
En el labio fatal de las mujeres.

Hoy anhela sondar su inteligencia
La natura, y el hombre y la verdad,
Y en las jigantes obras de su ciencia,
En su vida estudiar la humanidad.

Hoy, si es vana la ciencia, ver procura,
Si el error es del hombre patrimonio,
Si del progreso suyo y su cultura
Ha dejado en los siglos testimonio.

Si el árbol de la ciencia es el de vida,
Y el fruto suyo el inefable bien;
O si la muerte en él está escondida
Como en el bello y tentador Eden.

Quién sabe si el bien alto encontraría,
La lumbre que buscaba su razon,

Si recobró la paz y la alegría
Su triste y borrascoso corazón.

Si en la rígida escuela de los años,
Del pensamiento noble en el labor,
Otra cosa aprendió que desengaños,
Recogiera otro fruto que dolor.

O si ya libre de congoja y luto,
Al volver á su patria, rico en ciencia
De la ilustrada Europa y esperiencia
A ofrecerla su amor y su tributo,

Perdió toda-esperanza; y lanzaría,
Viéndola agonizar entre las manos
De imbéciles y bárbaros tiranos,
Maldicion de despecho en su agonía.

Montevideo Octubre de 1842.